

Al que no se divierte se le devolverá el dinero.



El que preste á otro EL SAINETE pierde el periódico y los cuartos.

EL SAINETE,

PERIODICO IMPOLITICO.

Sale seis veces al mes. Cada número consta de cuatro páginas de excelente papel y esmerada impresion, con preciosos grabados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.
En Madrid por un mes. . . . 4 rs.
En provincias por tres meses 16
En el extranjero y Ultramar
por un semestre. . . . 40

PUNTOS DE SUSCRICION.
En Madrid, libs. de Lopez, Cármen 29; Durán, Victoria 3; Cuesta, Mayor 2; Publicidad, Pasaje de Matheu.—En provs. en las princ. libs.

La correspondencia á la Administracion, calle del Cármen, número 29, librería de D. Leocadio Lopez.

EL AGUADOR.

No penseis, mis amables y lindas lectoras, (no hablo con los varones), que voy á ocuparme de esos infelices asturianos que cargados como acémilas van desempedrando las calles de la coronada villa con sus herrados zapatones: no, hartos se han ocupado de ellos.

Vamos á Granada. A aquella infeliz Granada cuyos granos están devorando hace doscientos cincuenta años cuantos han tenido proporción de hacerlo. Vamos á aquella antigua corte de los moros, Señora de media España, cuando la otra media tenía siete ú ocho Señores. No os mostraré, aunque bien pudiera, su Alhambra, Generalife, Bib-rámbra, Bib-Elveira y tantas otras magníficas obras árabes de gloriosa memoria, como tampoco las cristianas, aunque mas modestas y en menor número.

Dejémos sus poéticos recuerdos, tan gratos para mí, y vamos á la Puerta Real.

No creais que la puerta Real es una puerta; lo fué. Figuraos la Puerta del Sol de una capital de provincia y tendreis una idea aproximada.

La Puerta Real está sobre el Darro ó Dauro, como los mas escrupulosos dicen, rio que atraviesa la ciudad enseñando unas veces sus arenas, que ya no son doradas, y ocultándolas otras, avergonzado de suerte tan miserable, bajo una maciza bóveda. Allí vereis en un nicho un *Ecce homo* cargado de milagros, á mas no poder, á quien todos los transeúntes saludan respetuosamente; porque habeis de saber que en mi tierra, aunque moros, son muy buenos cristianos. Tambien vereis allí, ni mas ni menos que en Madrid, los fosforeros y tantos otros vendedores ambulantes como viven de esta sencilla industria: pero lo que sin duda llamará mas vuestra atención, serán los aguadores.

Gracias á Dios, direis, que ya pareció el peine, aunque poco os importará si sois calvas. Si, ya pareció. Voy á deciros lo que son los aguadores de Granada.

En la rigurosa estación que atravesamos, vereis una por-

ción de ellos con sus burros pintorescamente enjaezados, su caja de anises al cinto, y gritando desaforadamente.

—Agua, agua! fresca y buena, caballeros, que viene ahora de la fuente del Avellano! caballeros, agua, agua!

Con su limpio calzon de campana, blanco como la nieve, su zapato de cuero blanco, su encarnada faja de lana donde lleva el dinero, su chaqueta de lienzo y su sombrero calañés, ahí lo teneis alegre como unas pascuas, arreglando las verdes ramas de álamo y yedra que cubren los cántaros, poniendo bien las aguaderas, limpiando los alamares de vivos colores que adornan al borrico, y haciendo sonar la multitud de campanillas y cascabeles que tan vistosos hacen sus arreos.

—¡Aguador!

—¡Agua! ¡agua! ¿quién quiere agua? Y ligero le veis dirigirse con su inseparable asno á la persona que le llama; porque los aguadores de mi tierra aun no han llegado á degradarse hasta servir de bestias de carga.

Llega, y despues del—«Dios guarde á su mercé»—de cajon, os dá una cucharada de anises de la caja de hoja de lata que al cinto lleva, y en un limpio y trasparente vaso el agua mas pura, saludable y delicioso refresco.

Vais á pagarle, y todo en junto, cobra.... ¡un ochavo! á menos que le deis una moneda de plata, en cuyo caso os la devuelve diciendo:

—Otra vez será. Que de salú sirva, güen provecho.— Y sigue pregonando.—¡Agua! ¡agua! ¿quién la bebe? ¡fresquita como la nieve! ¡aguaááááá!

Y siempre alegre y de buen humor recorre la ciudad haciendo sonar las bulliciosas campanillas y cascabeles del cabazon de su borrico, cantando alguna picante copla con aquel pausado y cadencioso tono del fandango, que parece brindar al reposo y á la tranquilidad, á la molicie ó á la melancolia, segun la predisposición del ánimo del que escucha.

Cantando y pregonando pasa la mañana, y se conceptúa feliz si en toda ella ha ganado ocho cuartos, lo que supone haber vendido diez y seis vasos de agua.

Llega el mediodia, y nuestro aguador, contento y ale-

gre, sube á la Alhambra ó á la *fuelle del Avellano*, pasando antes por su casa que está en el camino ó cerca de él.

Si le seguimos, le vereis entrar en una blanca, limpia y aseada casita, pequeña sí, pero tan arreglada y tan curiosa como el mas suntuoso palacio pudiera estarlo.

La mujer corre á quitar la faja y el sombrero al cansado aguador, y el mayor de los muchachos, que apenas cuenta ocho años, lleva el burro al corral, donde lo despoja de las aguaderas con sus cántaros y sus ramas para darle un puñado de cebada y algunos mendrugos de pan. No falta un rapazuelo que á hurtadillas de los padres registre la caja de los anises y esconda un buen puñado en los bolsillos.

Sientanse todos en una pequeña mesa de pino, y sazónandola con su apetito, comen una saludable y abundante *olla*, que aun conserva allí su antiguo nombre.

Con toda la calma de un español lia despues un cigarrillo, lo enciende, enjaeza de nuevo el borrico y se pone en marcha hácia la *fuelle del Avellano*.

Nada mas lindo, nada mas pintoresco que este sitio: el pincel de Claudio de Loreña sería necesario para dar una idea de tan precioso paisaje.

Un alto y estrecho puente sobre el Darro pone en comunicacion una hermosa alameda, (la carrera de Darro), con la pendiente cuesta que al pié de la Alhambra conduce á la *fuelle del Avellano*. Es una vista deliciosa, bajo los enormes torreones de la Alhambra, que coronan la frondosa colina, iluminados por el sol poniente con sus tintas rojas; los alegres cantares que al son de campanillas y cascabeles entonan los aguadores al subir la escarpada cuesta; las caprichosas figuras de los burros llenos de ramas verdes, que suben y bajan, aparecen ó se esconden entre las peñas y los matorrales; y todo esto á la orilla del rio, á la opaca luz de la tarde, acompañado del murmullo de las hojas que se mecen movidas por la brisa, y del rumor del agua en las arenas.

El aguador llega á la fuente, llena sus cuatro cántaros, corta ramas de yedra, álamo y avellano, cubre con ellas las aguaderas, y vuelve á bajar arreando al paciente animal y cantando siempre al compás de los cascabeles.

Vuelve á pararse en la *Puerta Real*, ó recorre las calles de la ciudad, siempre alegre y jovial, gritando y pregonando.

Y así pasa un dia y otro dia, y un mes y otro mes, y un año y otro año, gastando lo que gana, poco ó mucho, y bastándole lo que gasta. Su hijo hereda el burro y las aguaderas y continúa la profesion de su padre. Y así, de generacion en generacion, viven felices.

Hé aqui lo que es un aguador en Granada.

J. DE MORALES Y SERRANO.

OTROS MISTERIOS DE TOCADOR.

Antes, en y despues.

Antes.

Entra Juana abriendo los postigos del dormitorio de su ama.

—Señorita Adela, por la Virgen, á ver si se levanta V. que ya es la una del dia, y no va á tener tiempo de arreglarse para la comida.

En casa de la Sta. Adela se comia á las seis en punto.

—Aaaaay!... qué pereza tengo, Juana.

—Sí, pues andese V. con perezas á ver si el señorito Alfredo que viene hoy á comer, la coge á medio arreglar y se le acaban to las sus ilusiones.

—Juana! Juana!!!

—Perdone V., señorita.

—A vestirme corriendo.

Adela se deslizo perezosamente de su lecho, introdujo sus piés de cocinera en unas descoloridas babuchas de 14 pulgadas de longitud por 6 de latitud, cubrió su arrugada camisa con un vestido jubilado y se dispuso á pasar de la alcoba al tocador.

Pero vosotros, lectores míos, no conocéis á esta flor del Manzanares, por lo menos en su primitivo estado de pureza. Venid conmigo; y como el pollo novato, que á caza de ilícitos descubrimientos, agazapado tras de la puerta del cuarto donde habita la doncella de su señora madre, atisba por las rendijas en el momento en que la descuidada maritornes echa un trage de seda que ha servido en cincó cuerpos distintos, sobre unas enaguas y una camisa de crea, que

no han tenido vacaciones desde hace 60 dias; examinaremos tambien nosotros por el ojo de la llave, la interesante figura de la señorita Adela.

Cada uno tiene la edad que representa: ha dicho no sé quién; Adela representa treinta y cuatro años. Miradla allí reclinada sobre el cabecero de su cama, sin voluntad suficiente para separarse del querido lecho donde ha pasado catorce horas.

Tal vez sea efecto de la poca luz de la alcoba; pero es lo cierto que Adela contemplada desde este punto, presenta combinados en su rostro el moreno atezado del trópico con el amarillento aceitonado de la China.

Adela desata en este instante su papalina, que sin ser de nipe, ostenta su color, y deja flotar por su descarnado cuello raquíticos y cortos rizos de su enmarañada cabellera. Son de color castaño claro, muy claro; y claros tambien en número. Tiene entreabiertos sus tiernos ojos velados por hermosas y espesas... pestañas, creisteis que iba á decir? no; buscadle un consonante que pueda acomodarse en esos ojos tiernos con cierta clase de ternura; ¿lo habeis encontrado? pues me alegro.

La nariz rebelde está amenazando al cielo y dejando ver á la tierra hasta lo mas recóndito de sus cavernosas profundidades. De su boca han desertado algunos centinelas: los restantes permanecen en la interrumpida línea, aunque algunos se reclinan con pereza sobre el compañero. Su cuello, ya lo dije, seco y descarnado. Su pecho... ¡ah! se me había olvidado decirós que Adela era viuda, y había tenido durante su matrimonio seis criaturas, muertos los angelitos en la denticion.

No podemos dar mas señas personales de la señorita Adela.

Las cualidades morales suponen poco para nuestro objeto.

Pero héia ya fuera de la alcoba tomando asiento en una cómoda butaca de respaldo estremadamente bajo, frente al elegante tocador.

En el tocador.

Se puso en juego la máquina. Adela cubre sus hombros con su largo peinador. Juana corre el pasador á la pteria y descorre las cortinas de la mesa-tocador dejando ver en su fondo un pequeño estante de perfumista ó peluquero lleno de multitud de botes, cajas, papeles y algunos otros objetos, al parecer extraños, al tocado de una dama. No creais si veis brochas y pinceles, que Adela es una gran artista: nunca el leve peso de la malizada paleta ha oprimido su huesuda mano: jamás ha copiado ni el contorno de una oreja. Juana en cambio, aunque no conoce á Velazquez ni Murillo, ni quizás haya lastimado su olfato el acre olor del aguarrás, posee una habilidad estremada en el arte de transformar un cuero ó pergamino viejo en una fresca y sonrosada piel de sin igual tersura.

Ya la tenemos en campaña, brocha en ristre, humedeciendo con el oloroso *vinagrillo* el ajado cutis de su señora. Hasta aqui no se observa en el rostro de la viu la otra transformacion que alguna mas vivacidad en sus ojos. Pero esperad un momento y vereis aquel rostro lóbrego y nebuloso como una noche de tormenta convertido en fria estatua de hieso, efecto de la abundancia de polvos de *casarrilla* que se le han propinado con la suave baba de cisne. Este primer aparejo, que podemos considerar como la imprimacion de un lienzo que despues ha de recibir los colores, necesita algunos minutos para secarse y quedar en estado de que las operaciones posteriores no lo inutilicen y produzcan todo su efecto. Pero como no es justo despreciar un tiempo precioso, se ocupó en desenredar la humilde melena, refrescar el casco con *agua de colonia* y de la fuente, humedecer el nacimiento del pelo con la *milagrosa de Lob* y suavizar algunos remolinos con la maravillosa *grasa de oso*.

Hecho esto, vuelta otra vez á los pinceles. Ahora es una brocha enjuta, mas espesa, pero tambien mas suave que la primera, con la que á guisa de plumero de vivaracho sacristan se deshollina el empolado rostro y garganta de la paciente victima para que no queden mas particulas de casarrilla que las que hayan logrado adherirse con alguna firmeza á los humedecidos poros de la estropeada piel.

Nuevos instrumentos: nuevas operaciones.

La *toalla de Venus* levemente humedecida, se pasea por el rostro de la dama, dejando marcada su huella con un color de rosa fuerte.

Un cepillo duro y estrecho limpia las espesas cejas.

Un agudo pincel impregnado de aceite de nueces con negro de marfil las deja negras como el ébano.

La punta de un paño mojado surca con suavidad por bajo de sus ojos, dejando al arrancar la capa de pintura una parda ráfaga que hace el efecto de interesante y melancólica ojera.

Otro pincel convierte sus labios de cadáver en labios de carmin.

Salen de una caja cuidadosamente cerrada tres ó cuatro pedacitos pequeños de hueso, blancos y brillantes. La dama al verlos en manos de la doncella desentaja sus mandíbulas: son los nuevos quipitos que vienen á reemplazar á los antiguos veteranos, que como antes dijimos, habian desertado de su batallon.

Nuevo descanso al rostro. Entra en ejercicio la cabeza. Peines

claros y espesos, cepillos, hierros, bandolina, aceites y pomadas, convierten aquella enredada y estoposa madeja de sùcio color en un artístico monumento de deslumbrante negrura. Verdad es que el *cosmético* se ha prodigado, que los *añadidos* son hermosos y abundantes; que las *ratas*, sucesoras de las primitivas *almohadillas* y los posteriores *tules*, están artísticamente construidas; pero también es cierto que el arte transformador de la naturaleza, ha dado á aquellos repugnantes cabellos, una apariencia seductora.

Descendamos. ¿Habéis visto los *Magyares*? ¿Pues, ea, hermano, cerrad los ojos.—*Pasó ya?*... En efecto ya pasó. Adela ha cambiado la bata íntima (vulgo camisa) y está ajustando sobre ella el mentiroso corsé. ¡Qué transformación se acaba de operar en aquel talle! ¡Lo que es el arte! ¡Cómo hace cambiar de posición á la abatida naturaleza!

—Juana, me parece que todavía tengo mucha anchura. Aprieta, aprieta.

—Señorita, no puedo más.

—Pues ata un extremo del cordón al picaporte y tira del otro hasta que se unan las garruchas.

Juana hizo lo que su ama la mandaba y consiguió dejarla complacida, pero también estrujada. ¿Mas qué importa?

—Las medias y los botitos, Juana.

Los botillos tenían cuatro puntos menos que las babuchas: estas estaban hechas á medida de sus pies; sus pies sin embargo penetraron en las charoladas cárceles gracias á los colosales esfuerzos y estremada agilidad de la doncella.

—Ahora, el miriñaque.

—¿Cuál?

—No sé cual ponerme.

—El de estera no puede ser, porque tiene suelta una pleita; al de rollos también se le está saliendo la estopa; ¿si V. quiere el de cerda?... ¿ó la crinolina?... La jaula también está dispuesta....

—Vaya: pues traeme la jaula.

—¡Aquí está!

¡Qué feas son estas jaulas, lectores! Y sin embargo, ¡cuánto mas feos y terribles suelen ser los pájaros que aprisionan!

Dos ó tres pares de enaguas llegan oportunas á cubrir su fealdad.

—Echa otro par, Juana.

—Que lleva V. ya diez y ocho libras de peso en la cintura.

—No importa, me parece que todavía se revela la forma y el movimiento de la armadura....

Así, así: ya está bien. ¿Qué hora tiene ese reloj?

—Las seis menos cuarto.

—Pues apresúrate á darme la última mano, y echarme el vestido: no quiero que me esperen.

Juana cogió presurosa otra brocha levemente húmeda, pero no mojada, y á la manera que el pintor con la suya desvanecía las sombras de un lienzo, mezcla, suaviza y empasta los colores de las figuras; así la inteligente doncella suavizó, combinó y refrescó los exagerados colores del rostro de su señora, dejándolos reducidos á una dulce tinta de nacar levemente sonrosada.

Ya no restan mas que algunos pequeños perfiles.

Pasemos al salón y esperemos en él, acompañados de vetusto papá y el futuro esposo la salida de la hermosa.

Después.

—Amigo Alfredo, se acerca la hora de comer: creo que Adela estará ya vestida: pero ya se vé, á estas muchachas del día no hay quien les quite media horita de tocador.

—Pues eso no es nada; Sr. D. Cándido. Yo conozco algunas que ocupan cerca de una hora.

—¡Hombre! ¡hombre! eso es terrible. Yo no permitiría á mi Adela semejante cosa. ¿Qué esperanza puede tener el hombre que se case con una de esas mujeres, que en vez de cuidar á sus hijos, de acariciar á su esposo, de dirigir los negocios domésticos, etc., etc., se pasan la vida delante del espejo, poniéndose moños, ensayando posturas, haciendo dengues?... ¡Bah! ¡bah! No sé como hay hombres que toleren semejantes impertinencias. Pero ya viene: ¡qué hermosa! ¡La quiero tanto!

En efecto: Adela, después de haber abierto la inteligente criada las dos banderas del gabinete para dar paso á su enjaulada señora, se presentó á los ojos del embaucado amante llena de encantadores atractivos. Hasta la sublevada nariz, que según la calificación de Sihal, era de aquella especie de narices que no pueden salir á la calle en los días de lluvia porque las cae el agua dentro, parecía haberse modificado, ostentando cierta graciosa coquetería.

Cuello airoso, ancho y elevado seno, nevados hombros de académica forma, envuelto todo en vaporosas nubes de riquísimos encajes; delgado y flexible tallo; pomposa y ondulante falda, redondo y carnudo brazo, blanco y sonrosado al par del rostro y la garganta, cubiertos de sortijas los afilados dedos de nacaradas uñas, (también en ellas anduvo la mano de gato:) andar suave, sonrisa dulce y melancólica que deja ver entre los carmineos labios blanquisin dentadura, varias flores como nacidas entre el ebúrneo cabello, apa-

riencia cándida y bondadosa, algunas frases bellas y ligeras de estremada finura estudiadas de antemano; hé aquí el cúmulo de atractivos con que el arte ha hecho desaparecer la naturaleza; hé aquí también las armas de que piensa valerse nuestra protagonista para batir en brecha la indecisión de su amante.

Si no hubiésemos asistido á su tocador, imposible nos sería reconocer en esta hermosa aparición, interesante en verdad, el repugnante espectro de la pringosa papalina, que vimos revolverse como asquerosa larva entre las blancas ropas del mullido lecho.

Mucho mas pudiera deciros, pero creo que sobran las diez quintas partes de lo dicho ya.

Dejémosla en paz y huyamos. Nuestro estómago no es bastante fuerte para volver á penetrar en el tocador y descorrer el velo á algunos otros misterios mas recónditos, pero también mas... mas... mas...

Nuestro sistema nervioso se encuentra en mal estado.
A nueve del mes de Enero, año 58.

R. R. GONZALEZ.

MORALEJAS.

Por lavarse Belisa en agua fría
Le salió un sabañón el otro día,
Y por meterlo luego en agua hirviendo
Se hizo en el dedo un costurón horrendo:
*Usen las niñas, pues, prudentemente
Lo mismo de lo frío, que lo caliente.*

Suspiraba y gemía Dorotea
Porque un diente perdió; ¡Válgame Dios!
Pero sabe que á Inés le faltan dos
Y dice sonriendo: «esa es mas fea.»
*Siempre juzgamos la desgracia poca
Si otra mayor al prójimo le toca.*

Sobre si tú me pegas ó te pego,
Un gallego atizaba á otro gallego,
Y al querer separarlos un corchete
Le rompen las narices de un cachete.
*Del prójimo impedir ciertos deslices
Es querer que nos dejen sin narices.*

M. F. VILLABRILLE.

TEATROS.

En la Zarzuela se han puesto en escena noches atrás, *Los Diamantes de la Corona*. Como esta producción es bonita ha gustado al público.

Pero como nunca llueve á gusto de todos, nos han dicho que el autor de *La Roca Negra* está muy disgustado porque cree que le han plagiado la idea de disfrazar de frailes á los coristas del sexo feo.

Se preparan en el mismo coliseo el *Planeta Venus*, arreglo del Sr. Vega, música del Sr. Arrieta y otro arreglo de la *Dama Blanca*, francesas ambas.

Y como la originalidad impera en nuestra escena se prepara en el Circo una refundición de *La Perla de Rafael*, y en Novedades otro arreglo del drama también francés, que se estrenará mañana, *El Abogado de Pobres*.

Esta fecundidad nos asusta, ¿quién dirá que en ese país vivieron y escribieron Lope, Calderon, Moratin y tantos otros?

En Novedades sigue la exposición de vichos titulada *El Patriarca del Turia*. Lleva 20 representaciones y se conoce que la empresa ha dicho para sí: «puesto que los animales nos cuestan el dinero justo es lucirlos.»

La del Príncipe debe haber salido victoriosa en la cuestion *súcia* y *fea* de que no quisimos ocuparnos en nuestra última funcion, pues ya anuncia para el sábado próximo la primera representacion del *Delirio de un pintor*, baile fantástico en que tomará parte la señora Guy Sthefan y el señor Paul.

Este teatro continúa convertido en circo ecuestre.

En *Carnioli*, una linda princesa recibe un soberbio latigazo de su querido. En *Los fanfarrones del vicio* es una mujer la que arrebató el látigo de manos de su amante, y le vapulea de lo lindo. Imposible parece que el primero de estos dramas esté escrito por un español, y que ambos se representen en la capital de la nacion, *galante* por excelencia.

Bien es verdad que en la tercera representacion de *Los fanfarrones del vicio*, habia en el teatro veinte personas, contando la orquesta y los actores.

El drama tiene un fin muy moral, y un sermón muy largo á la conclusion.

Nosotros no llamariamos á los protagonistas fanfarrones, sino malvados. Fanfarron, segun nuestra humilde opinion, es el que se jacta de lo que no es capaz de hacer; y en el drama citado, Mercier aparece como un picaro de carta ejecutoria.

El drama, en cambio de los defectos que dejamos apuntados, es pesado. Parece como que ha sido preciso estirar el argumento para que diera tres actos.

En él han debido verse retratados muchos *viejos precoces* de nuestra moderna sociedad.

Por lo demás, hemos encontrado chocante que tenga buen corazon un hombre que por vanidad reniega de su padre.

En cuanto á la ejecucion, nada dejó que desear por parte de la Sra. Palma y de los Sres. Ossorio, D. Manuel, y Pizarroso. El señor Ossorio, D. Fernando se ha empeñado en no ser gracioso y hace mal, porque no es su género el que cultiva con tan escaso éxito.

Anoche hemos estado en los *Magyares*. Fray José tan gracioso como siempre. ¿A que no saben nuestros lectores cuál es el papel de mas mérito en esta zarzuela? Pues es el de el soldado que sigue á Fray José, como la sombra al cuerpo.

—¿Y por qué? nos preguntarán.

Porque no habla.

GERMAN GINEL.

Histórico. Cuéntase del rey Felipe II, que habiéndose acostado una tarde en que debia ir á unas fiestas, encargó á su caballero D. Diego de Córdoba que le despertase á tiempo.—D. Diego se quedó dormido en una silla y despertando ántes el rey se acercó y le dijo:—«Despierte V. M. que ya es hora.» á lo cual respondió D. Diego:—«Dejadme dormir, D. Diego, que no es tarde.»

Estaba á la muerte un pobre hombre llamado Digno, y para ponerle un cáustico en la cabeza fué necesario repararle, con lo que se quedó enteramente desfigurado.

Desesperado el médico de su curacion le recetó la última medicina, la *estrema-uncion*. Al administrársela el cura, antiguo amigo suyo, le dijo, como es costumbre.

—Vamos, hijo, di conmigo:—«Señor, yo no soy digno»...

—Sí, Señor cura, si soy digno, si no que como estoy rapado V. no me conoce.

Llegada la hora de acostarse, dijo un ventero á su mujer:

—Tomasa, ya es hora; cuelga el burro, echa de comer á la escopeta, acuesta la luz y matémonos.

Recetaron á un enfermo que estaba de peligro una dosis de *Hipecahuana*.

Al ir á darle el brevaie, preguntó con lastimera voz.

—¿Qué me traes ahí?

—Lo que ha mandado el médico, la *Hipecahuana*.

—Pues si eso es, traeme primero la Pepa y luego la Juana. Así me sentará mejor.

A un cerrajero, llamado Domingo á secas, escribió un señoron muy presumido de nobleza, la siguiente carta:

«Es necesario que vengas esta tarde á componer la cerradura de la puerta del corral.—Firmado.—D. Pedro Fernando Nuño de Riosco, Rojas y Castilla de Pimentel, Luna y Sousa de Aragon y Portugal.»

Creyendo el buen cerrajero que tal letanía en la firma era echarle en cara el ser expósito, y deseando contestar dignamente á la carta de su parroquiano, le escribió:

«Esta tarde iré á componer la cerradura del corral de V. E. y espero que me pague al contado.—Firmado.—Domingo, Lunes, Mártes, Miércoles, Jueves, Viérnes y Sábado.»

Creemos que hubiera podido añadir los doce meses del año.

Llegó un prójimo á la tienda de un óptico con el objeto de comprarse unos anteojos.

—¿De qué grado los quiere Vd? preguntó el óptico.

—Del mejor, repuso el otro.

—Pero hombre, lo que digo es que si los quiere muy graduados, es decir muy fuertes.

—Si señor, fuertecitos y buenos: lo suficiente para poder leer letra menuda.

El tendero vió que era inútil preguntarle mas, y le entregó unos cuantos para que los probase.—Sacó el comprador una carta del bolsillo, calóse los primeros, y dijo: No leo. Probó los segundos, lo mismo. Siguió probando casi todos los que habia en la tienda y ninguno le convenia: con todos decia: No leo.

Cansado ya el óptico le preguntó:—¿Pero Vd. sabe leer, buen hombre?

—¿Mire Vd. qué pregunta! contesto el otro. Si yo supiera leer ¿para qué queria los anteojos?

En el guarda-ropa del teatro de la Zarzuela se apollan fácilmente los trajes á la *Federica*, cuando están encerrados mas de ocho dias.

Por esta razon, en la mayor parte de las zarzuelas los sacan á tomar el aire... del tambor ó del pifano.

Vacó una vez la plaza de organista en la colegiata de Granada y los señores canónigos la sacaron á oposicion. Presentóse solicitándola entre otros varios; un prójimo de calzon de pana, polainas de becerro, faja encarnada, calañés y chaqueta de paño pardo.

No comprendiendo los canónigos de aquella época que un organista pudiese ocultarse bajo otro disfraz, que una levita rota, un pantalon de embudo, zapatos con cinta negra, corbata arrugada [y sombrero de copa alicaído, hubieron de manifestarle su estrañeza preguntándole donde habia aprendido.

—Toomal—Contestó impávido.—En mi pueblo: en Zabiota. Apurámente jace mas é diez años que lo estamos tocando juntos yo y otro.

—Cómo!—replicaron los canónigos admirados,—á cuatro manos?

Qué! no zeñó: él pitorrea y aprieta las cravijas pó el testero, y yo meneo los fuelles pó el otro lao.

La historia no dice el resultado de la oposicion. Suponemos que la ganaría por unanimidad.

Por todo lo que vá sin firma, JUSTO DEL BARRIO.

ANUNCIO.

Gran coleccion de látigos *extrangeros* para uso de las señoras.

Estos látigos, cuyos precios varian segun su lujo, son un remedio poderoso para domesticar amantes.

En el teatro del Príncipe, darán razon.

Editor.—D. JOSÉ E. RIVERO.

Madrid 1858.—Imprenta de Julian Peña.—Lope de Vega 26.